

LA CASA DE PLACER

ro Rosa, en su cuartito obscuro y poco acostumbrada á dormir tranquila y sola, sentíase presa de una emoción vaga y penosa.

Revolviéndose y no logrando conciliar el sueño, oyó, á través del tabique, sollozos apagados, como de un niño que llorase. Asustada, llamó, y una vocecita entrecortada contestóla; era la niña, que acostumbrada á dormir en la alcoba de su madre, tenía miedo en el camaranchón estrecho.

Rosa, conmovida, se levantó, y con mucho tiento, para no despertar á nadie, fué á coger á la niña y la llevó á su cama, bien caliente; la oprimió contra su pecho, besándola; la acarició, envolviéndola con las manifestaciones exageradas de su ternura; al fin, calmándose, después de dormir á la niña, se durmió también. Así, hasta la mañana, la frente pura de Constanza descansó

GUY DE MAUPASSANT

descansó en el pecho desnudo de la prostituta.

IV

Desde las cinco, al toque de oración, echada al vuelo la campana de la iglesia, despertó á las mozas, acostumbradas á dormir por la mañana, único reposo de sus nocturnas fatigas. La gente del pueblo estaba ya de pie; las mujeres iban muy atareadas de puerta en puerta, charlando vivamente, llevando con cuidado vestidos de muselina muy almidonados, tiesos como el cartón, ó grandes cirios con un lazo de seda y oro en el centro. El sol lucía ya en un cielo azul, menos por la parte del horizonte donde conservaba un tinte rosado, como una huella ténue de la aurora.

Las

Las gallinas andaban picoteando por la calle, y de trecho en trecho un gallo de reluciente cuello y roja cresta, sacudía las alas mientras lanzaba su canto penetrante que repetían los otros gallos.

Llegaban carretas de los poblados vecinos, descargando robustas normandas con vestidos oscuros y la pañoleta cruzada sobre el pecho, sostenida por un alfiler de plata secular. Los hombres se habían puesto la blusa azul sobre la chaqueta nueva ó sobre el viejo traje de paño verde.

Cuando los caballos fueron llevados á las cuadras, quedó á lo largo del camino una doble fila de carros, carretas, carrioches, vehículos de todas formas y de todas edades.

En la casa del carpintero se notaba una actividad de colmena. Las mozas, en enaguas, con los cabellos tendidos sobre la espalda, unos cabellos pobres y cortos que parecían

parecían deslucidos y raídos por el uso, se ocupaban en vestir á la niña.

La cual, de pie sobre una mesa, no se movía mientras la señora Tellier ordenaba los movimientos de su batallón volante.

La enjabonaron, la peinaron, la vistieron, y con ayuda de muchos alfileres, marcaron los pliegues del vestido, redujeron la cintura, demasiado ancha, y organizaron un tocado elegante. Luego, cuando hubieron terminado, hicieron sentar á la paciente, rogándola que no se moviera; y el grupo agitado de las mujeres corrió á engalanarse.

La campana de la iglesia comenzó de nuevo á repicar, con débil sonido de campana pobre, que se perdía en el cielo como una voz enferma, pronto ahogada en la inmensidad azul.

Los comulgantes iban saliendo de sus casas

casas para dirigirse al edificio comunal que contenía las dos escuelas y el Ayuntamiento, situado á un extremo del pueblo, mientras que «la casa de Dios» ocupaba el otro extremo.

Los padres, con el traje de los días de fiesta, con la cara parada y movimientos torpes de los cuerpos encorvados constantemente por el trabajo, seguían á sus pequeños. Las niñas desaparecían en una nube de tul nevado semejante á clara de huevo batida, mientras que los niños, como pequeños mozos de café, con la cabeza llena de pomada, andaban separando mucho las piernas para no manchar sus pantalones negros.

Era un honor para la familia cuando una muchedumbre de parientes iba desde lejos, para acompañar al niño en tal ceremonia; así, el triunfo del carpintero fué completo. El regimiento Tellier, con el  
*ama*

*ama* al frente, seguía á Constanza; el padre daba el brazo á la hermana; la madre seguía, al lado de Rafaela; Fernanda iba con Rosa, y las dos Bombas juntas, detrás; desplegábanse todas majestuosamente como un estado mayor de gran uniforme.

El efecto en el pueblo fué magnífico.

En la escuela, las niñas se replegaban bajo las tocas de la monja, y los niños bajo el sombrero del maestro, y rompieron la marcha entonando un cántico.

Los niños, á la cabeza, en dos filas; seguían las niñas en el mismo orden, y habiendo tenido los vecinos la atención de ceder el paso á las forasteras del carpintero, iban las mozas y el *ama* inmediatamente después de las niñas, prolongando la doble hilera de la procesión, tres á la izquierda y tres á la derecha, con sus arreos deslumbradores como un castillo de fuegos artificiales.

Su

Su entrada en la iglesia enloqueció á todo el pueblo. Se oprimían, se empujaban para verlas; hasta las devotas hablaban casi en alta voz, estupefactas en presencia de aquellas mujeres, más guarnecidas que las casullas de los curas. El alcalde ofreció su banco, el primer banco de la derecha junto al coro, y la señora Tellier tomó asiento allí con su cuñada, Fernanda y Rafaela; Rosa y las dos Bombas ocuparon el segundo banco, en compañía del carpintero.

En el coro de la iglesia estaban de rodillas, los niños á un lado y al otro las niñas, teniendo en la mano largos cirios. Delante del facistol, tres hombres, de pie, cantaban prolongando indefinidamente las sílabas del latín sonoro, eternizando los *Amén* con *a a a* interminables, que el serpentón sostenía con su monótono sonido vibrando sin cesar por la ancha boca de

de cobre. La voz aguda de un niño daba la réplica, y de cuando en cuando, un cura, sentado en un sillón y con el bonete puesto, se levantaba, se descubría, rezaba entre dientes algo incomprensible y volvía á sentarse, mientras los tres hombres lanzaban de nuevo sus robustas voces con los ojos fijos en un gran libro de canto llano, abierto ante ellos sobre las alas extendidas de un águila de madera, que giraba sobre un eje.

Después hubo un momento de silencio. Todos los asistentes se arrodillaron, y el cura que debía officiar, apareció: viejo, venerable, con los cabellos blancos, inclinado sobre el cáliz que llevaba en la mano izquierda. Le precedían dos monaguillos vestidos de rojo, y le seguía una muchedumbre de cantores, que se alinearon á uno y otro lado del coro.

Sonó la campanilla y comenzaron los divinos

divinos oficios. El cura iba lentamente de una parte á otra del tabernáculo, haciendo genuflexiones, salmodiando con su voz cascada las oraciones preparatorias. Apenas calló, todos los cantores y el serpentón lanzaron á un tiempo sus voces; algunas gentes de las que asistían á la misa también cantaban, pero á media voz, humildemente.

El *Kyrie Eleison* subió á los cielos lanzado por todas las gargantas y todos los corazones. Polvo de yeso y partículas de madera apolillada se desprendieron de la vieja bóveda sacudida por aquella explosión de gritos. El sol convertía en un horno la pequeña iglesia; y una inmensa emoción, al aproximarse el inefable misterio, oprimía el corazón de los niños y las gargantas de sus madres.

El cura, que se había sentado, volvió al altar y con manos temblorosas, dirigiéndose

giéndose á sus fieles, pronunció el *Orate fratres* «orad hermanos míos»; todos rezaron; el anciano elérigo balbuceó las palabras misteriosas y supremas, la campanilla sonaba repetidamente, la muchedumbre posternada llamaba á Dios, los niños desfallecían en su ansiedad inmensa.

Entonces, Rosa, con la frente hundida entre las manos, recordó á su madre, la iglesia de su pueblo, su primera comunión; y rompió á llorar. Lloraba tranquilamente primero, lágrimas lentas humedecían sus párpados, luego los recuerdos aumentaron su emoción, y, acongojada, con el pecho palpitante, rompió en sollozos.

Había sacado su pañuelo para secar sus lágrimas, y con él se tapaba las narices y la boca para no gritar: todo fué inútil; una especie de ronquido salió de su garganta y dos lamentos profundos y desgarradores

rradores le respondieron; porque sus dos vecinas, arrodilladas junto á ella, Luisa y Flora, oprimidas por el mismo lejano recuerdo, gemían también entre torrentes de lágrimas.

Y como el llanto es contagioso, el *ama*, á su vez, sintió sus párpados humedecidos, y mirando á su cuñada, vió que todas las del banco lloraban también.

El cura consagraba; los niños, poseídos por una especie de terror devoto, estaban arrodillados en los escalones del presbiterio, y en toda la iglesia, de trecho en trecho, alguna mujer, madre ó hermana, poseída por la extraña simpatía de las emociones fuertes, impresionada por el llanto de las mozas, humedecía su pañuelo de percal á cuadros azules, oprimiendo á la vez con su mano izquierda el corazón palpitante.

V

Como la llama que prende una mies, las lágrimas de Rosa y de sus compañeras inundaron de lágrimas los ojos de la muchedumbre; hombres, mujeres, viejos y jóvenes, todos lloraban, y sobre sus cabezas parecía cernirse un espíritu sobrehumano, un alma, el soplo prodigioso de un ser invisible.

Entonces, en el coro de la Iglesia, resonó un ruidillo seco: la monja, golpeando en su libro daba la señal de la comunión; y las niñas, temblando, se aproximaban á la santa mesa.

Toda una fila se arrodilló. El anciano sacerdote, sosteniendo en la mano izquierda el copón de plata dorada, pasaba, ofreciendo